

representantes, Montaigne, Descartes, Pascal, Montesquieu, Malebranche, Lamennais, etc., etc. De modo que se puede afirmar que la ciencia y la filosofía son, para los católicos, lo que la belleza de una mujer era para los monjes de la Edad Media: El Index los aguarda en el camino que conduce a esta belleza peligrosa y les impide acercarse.

El mismo culto del Sagrado Corazón, que constituye hoy una de las más grandes devociones entre los católicos de todo el mundo, fué al principio acogido con frialdad por Roma, y fué puesta en el Index la obra escrita por un ilustre religioso en favor de esta devoción.

Los Goncourt. — Frank Harris, distinguido crítico inglés que en otro tiempo vivió en París y conoció de cerca a los grandes poetas y novelistas franceses, ha hablado últimamente en *The Academy* de los hermanos Goncourt. Aquí van algunas líneas:

¿Y qué cosa queda ahora de la obra de los Goncourt? ¿Tuvieron ellos razón de creerse más importantes que sus contemporáneos célebres, o bien fué justo el veredicto popular?

En semejante caso, cada uno debe hablar por propia cuenta y a mí me parecen los Goncourt muchísimo más interesantes que Daudet, Zola y aun Flaubert.

Los Goncourt sufrieron, trabajaron, hicieron tarea útil y no recibieron ninguna recompensa; pero los hombres más criticados, los menos atendidos, ejercieron la más fuerte influencia moral en Francia durante la última mitad del siglo XIX.

Poco antes de su muerte, fué presentado a Edmond de Goncourt. Más bien negligentemente acogió mi admiración entusiasta. Había aprendido a vivir sin ser apreciado y a trabajar sin

pensar en el éxito, aunque ya, en ese tiempo, algunos jóvenes le mostraran, rindiéndole homenaje, que su labor no había sido vana y que los Goncourt tenían asegurado su lugar en el firmamento de la gloria literaria, cual dos estrellas gemelas.

Pero él llevaba pintadas las señales de una lucha larga y penosa. Mantenía muy derecho su delgado busto, a despecho de la edad y de la debilidad, y miraba cara a cara, como pudiera hacerlo un atrevido y alerta oficial de caballería. Su expresión descubría también una respuesta violenta ya lista, como de quien se cree expuesto a recibir una ofensa. En una palabra, su actitud era indebidamente hostil, efecto en parte del bigote blanco erizado, de la nariz recta y de la ancha frente, pero sobre todo de los ojos penetrantes, tristemente descontentos.

Empero, tras ese descontento y esa actitud, transparecía una sombra de sufrimiento y de tristeza.

Así nos aparecen los soldados de verdadera fe, que han combatido por la buena causa en las primeras filas y han hecho avanzar en la obscuridad el estandarte luminoso; soldados cuya suerte es caer y morir sin señal de victoria ni esperanza de recompensa: guardianes fieles del ideal, que mueren en el silencio y en la soledad, lejos de los elogios y de los honores.

El ocaso de los himnos. — Tal es el título de un artículo recientemente publicado por Zozaya en *El Liberal*, de Madrid; artículo tan aplaudido por unos como violentamente atacado por otros.

Así termina el artículo:

«Pero la libertad no puede morir. Si no puede ser patrimonio de todos, tiene que serlo de los mejores. La fraternidad misma es desmentida, y casi se nos antoja que somos dos razas:

... Únicamente conocemos maestros de escuela. Donde ellos están—solos o asociados; en el taller, en la fábrica, en el laboratorio, en la casa de comercio, en el campo, en cualquier hogar,—ahí están las verdaderas escuelas, las escuelas sin nombre y sin plan oficial.